

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXIX
(2017)

ISSN: 0214-2473



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

Anales Complutenses XXIX - 2017

Dirección / Editors

F. Javier GARCÍA LLEDÓ (IEECC)

Consejo Editorial / Publications Comitee

Sandra AZCÁRRAGA CÁMARA (U. Autónoma de Madrid - Museo Arqueológico Regional)

Luis GARCÍA GUTIÉRREZ (Academia de San Dámaso)

Jorge GONZÁLEZ GARCÍA- RISCO (Universidad de Alcalá de Henares - IEECC)

Pilar LLEDÓ COLLADA (IEECC)

Germán RODRÍGUEZ MARTÍN (Museo Nacional de Arte Romano de Mérida)

José VICENTE PÉREZ PALOMAR (Ayuntamiento de Alcalá de Henares)

Comité Científico / Advisory Boards

Enrique BAQUEDANO PÉREZ (Museo Arqueológico Regional. Comunidad de Madrid)

Julia BARELLA VIDAL (Universidad de Alcalá - Escuela de Escritura)

Helena GIMENO PASCUAL (Universidad de Alcalá - Centro CIL II)

Alberto GOMIS BLANCO (Universidad de Alcalá)

Ángela MADRID Y MEDINA (CECEL-CSIC)

Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ (Universidad de Salamanca)

Antonio MARTÍNEZ RIPOLL (Universidad de Alcalá)

Wifredo RINCÓN GARCÍA (CSIC)

Peter ROTENHOEFER (Komission für Alte Geschichte und Epigraphik. Munich)

Esteban SARASA SÁNCHEZ (Universidad de Zaragoza)

Edita:

Institución de Estudios Complutenses

PALACIO LAREDO

Paseo de la Estación, 10

28807 - Alcalá de Henares (Madrid)

Teléfono: 918802883 - 918802454

Correo electrónico: ieecc@ieecc.es

Anales Complutenses es una revista anual, editada por la Institución de Estudios Complutenses, que tiene como objetivo publicar artículos originales y recensiones con una cobertura temática amplia, aunque especialmente centrados en la historia de Alcalá de Henares y su entorno. Fue fundada en 1987 y, desde este año 2014 está bajo la dirección de Francisco Javier García Lledó. Está abierta a todos los investigadores que deseen utilizar sus páginas para dar a conocer sus trabajos y estudios. Los artículos recibidos son examinados tanto por el Consejo Editorial como por el Comité Científico, los cuales deciden sobre el interés de su publicación. **Los autores deben ajustarse estrictamente en la presentación de sus trabajos a las normas de presentación incluidas al final de este volumen.**

Las opiniones y hechos consignados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. La IEECC no se hace responsable, en ningún caso, de la credibilidad, veracidad, autenticidad y originalidad de los trabajos

Reservados todos los derechos: ni la totalidad ni parte de esta Revista pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o sistema de recuperación, sin permiso. Cualquier acto de explotación de sus contenidos precisará de la oportuna autorización.

Imprime:

Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.

ISSN: 0214-2473

D.L: M-22933-1987

ÍNDICE

Presentación
LLEDÓ COLLADA, Pilar 7-8

Introducción a este número
GARCÍA LLEDÓ, Francisco Javier 9

ESTUDIOS

Alcalá, la ciudad andante. (Conferencia pronunciada en la festividad de San Diego. Año 2015)
PÉREZ PALOMAR, J. Vicente 13-27

Las casas de Salinas. Una muestra de la evolución de la arquitectura doméstica entre los siglos XV y XIX
ALOBERA ARIAS, Mar y GARCÍA LLEDÓ, F. Javier 29-56

Nuestra Señora de la Correa: escultura de Luis Salvador Carmona para los agustinos recoletos de Alcalá de Henares
CANO SANZ, Pablo 57-106

Los milagros alcalaínos de San Diego
DÍAZ RISCO, Juan 107-135

La universidad de Alcalá en las reducciones jesuíticas del Paraguay
DÍAZ RISCO, Juan 137-166

Los conventos femeninos de Alcalá de Henares en la transición del antiguo régimen al liberalismo
DIEGO PAREJA, Luis Miguel de 167-188

Manuel Aníbal Álvarez Amoroso. Un arquitecto de la corriente ecléctica
FERNÁNDEZ LÓPEZ, Rafael 189-221

<i>El reconocimiento de los restos de Cisneros por Graells en 1857. Localización actual de los fragmentos entonces tomados</i>	
GOMIS BLANCO, Alberto	223-241
<i>Reconstrucción virtual de la biblioteca del príncipe don Carlos de Austria</i>	
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Bartolomé	243-273
<i>Los catedráticos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares (1640-1699). catálogo de las biografías universitarias</i>	
GUTIÉRREZ TORRECILLA, Luis Miguel	275-313
<i>Un retrato de Francisco María Tubino pintado por Ricardo Balaca en el Ayuntamiento de Alcalá de Henares</i>	
LLULL PEÑALBA, Josué	315-340
<i>Paseos y plantíos de Alcalá del siglo XVIII</i>	
SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente	341-377
ACTIVIDAD INSTITUCIONAL	379-380
Memoria de actividades	381-389
LISTADO DE MIEMBROS DE LA INSTITUCIÓN	391-394
NORMAS GENERALES PARA COLABORADORES	395-404

LOS MILAGROS ALCALAÍNOS DE SAN DIEGO

Juan Díaz Risco
Institución de Estudios Complutenses
diazriscoj@hotmail.com

RESUMEN

Gobernando la Iglesia del Papa Bonifacio IX (1389-1404) y reinando en Castilla Enrique III “El Doliente” (1379-1406), nació en el pueblecito de San Nicolás del Puerto, hijo de un pobre proletario de la más baja condición social, el que luego sería el humilde franciscano Fray Diego de San Nicolás, más conocido como San Diego de Alcalá, hermano lego de la Orden de los Hermanos Menores de la Observancia.

Pocos son los datos que disponemos de su infancia, sin embargo, sería a partir de su canonización por el papa Sixto V en 1588, cuando se escribirían numerosas biografías sobre su vida y milagros durante su permanencia en el convento de Santa María de Jesús de Alcalá de Henares, donde falleció en 1463.

Fraile humilde y afable, lleno de sencillez y caridad, nunca hizo nada fuera de lo común, su éxito y fama le llegarían como consecuencia de sus dotes taumatúrgicas. A su muerte y confiados en la fuerza de sus milagros, muchos poderosos de España, entre ellos numerosos miembros de la Casa real buscaron en él la curación de alguno de sus familiares.

Palabras clave: *Diego, Alcalá, milagros, Austria.*

ABSTRACT

Governing the Church of Pope Boniface IX (1389-1404) and reigning in Castile Enrique III “El Doliente” (1379-1406), was born in the small town of

San Nicolás del Puerto, son of a poor proletarian of the lowest social status, Who later became the humble Franciscan Fray Diego de San Nicolas, better known as San Diego de Alcalá, lay brother of the Order of Friars Minor of the Observance.

Few are the data that we have of his childhood, however, would be from his canonization by Pope Sixtus V in 1588, when they would write numerous biographies about his life and miracles during his stay in the convent of Santa Maria de Jesus de Alcalá De Henares, where he died in 1463.

Fraile humble and affable, full of simplicity and charity, he never did anything out of the ordinary, his success and fame would come to him as a result of his thaumaturgical gifts. At his death and confident in the strength of his miracles, many powerful Spaniards, among them numerous members of the Royal House sought in him the healing of one of his relatives.

Keywords: *Diego, Alcalá, miracles, Austria*

1. ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

San Diego nació hacia el año 1400 en el seno de una familia modesta de profunda fe cristiana en el pueblecito sevillano de San Nicolás del Puerto¹. Hijo de agricultores debió acompañar desde niño a su padre en las tareas agrícolas, adquiriendo los conocimientos propios de los labradores. Educado en el amor de Dios y en la observancia de sus mandamientos, sobresalía por su fervor y fe religiosa. Era un hombre sencillo, inocente, ingenuo y carente de formación, sin embargo, la naturaleza le dotó de ciertos dones o virtudes como la bondad, la caridad y la honradez.

Siendo aún muy joven y orientado por un ermitaño octogenario, dejó la casa de sus padres y consagrado al Señor decidió llevar la austera vida de los anacoretas. Retirado del mundo, vivió dedicado a la práctica de ejercicios espirituales como la oración y la meditación. Para alimentarse y disponer de lo más necesario para vivir, decidieron cultivar un terreno donde plantaron verduras, legumbres y árboles frutales, fabricaron utensilios de madera que después vendían y que les permitía mantenerse. Con los beneficios del fruto de su trabajo practicaban la caridad con los pobres.

Pasados algunos años, Diego decidió unirse a las comunidades eremíticas asentadas en la serranía de Córdoba² con grandes deseos de hacerse franciscano, lo que logró años más tarde ingresando en el monasterio de la estricta observancia de San Francisco de Arrizafa³ de los frailes menores situado a media legua de Córdoba.

¹ Situado entre Cazalla de la Sierra y Constantina, en la Sierra Norte de Sevilla. Sus 700 habitantes, viven hoy del turismo y la ganadería. Es la celta Iporci, con puente romano y restos de una fortaleza musulmana del s VIII. Entre sus hijos ilustres destaca San Diego de Alcalá, patrón del pueblo. El 11 de Mayo de cada año, se celebra una romería en su honor. En su fiesta, 13 de Noviembre, se saca al santo en procesión por la calles de la villa. En la parroquia de San Sebastián, se conserva la pila bautismal de San Diego.

² La serranía cordobesa era un lugar de frecuentes eremitorios, donde encontraban refugio numerosos penitentes. La vida eremítica tiene sus orígenes en los primeros tiempos del cristianismo, cuando los anacoretas, huyendo de las persecuciones de los emperadores romanos, se entregaron a la vida ascética refugiados en las cuevas del desierto o en otros lugares solitarios.

³ El Convento hoy desaparecido de San Francisco de la Arruzafa, es conocido generalmente porque San Diego de Alcalá vistió allí el hábito de su Orden por primera vez. Se trataba de un convento franciscano situado cerca de Córdoba. Sus orígenes se remontan a principios del siglo XV, manteniéndose activo hasta la desamortización de 1836. Fue fundado por un hombre piadoso y pudiente económicamente llamado don Fernando de Rueda, para que fuera ocupado por los monjes observantes de la orden de San Francisco.

Como la mayoría de los frailes legos de su orden era analfabeto, pero pronto se dieron cuenta sus superiores de las excelentes cualidades y virtudes que le adornaban, por lo que, tras la finalización del noviciado, decidieron trasladarle al convento de San Francisco de Sevilla donde permanecería de 1431 a 1441.

Acompañado de su compañero Fray Juan de Santorcaz, se dirigieron a la nueva fundación de Fuerteventura en las Islas Canarias, con la misión de sembrar las creencias religiosas católicas entre los guanches que por este nombre eran conocidos los naturales de las islas. En la isla de Fuerteventura fundarían el convento franciscano de San Buenaventura, donde se dedicaron a labores materiales que compatibilizaban con la meditación y la oración. Al morir el primer guardián y a pesar de que la regla no lo permitía, Fray Diego fue elegido su sucesor.

Obediente siempre a sus superiores, dejó las islas Canarias en 1449 y retornó a la península. En aquel lugar había destacado por sus virtudes y su bondad y donde, fruto de sus predicaciones, había conseguido numerosas conversiones de indígenas.

En la fiesta de Pentecostés del año 1450 se celebró en Roma el capítulo general de los frailes Observantes Franciscanos. En la misma fecha se había de inscribir en el capítulo de los santos al glorioso Bernardino de Siena de la misma orden, que había fallecido en 1444 con fama de santidad. Coincidiendo con este acontecimiento, el papa Nicolás V (1447-1455) convocó un jubileo universal, que permitió la llegada de peregrinos de todos los conventos de Europa y así obtener los beneficios e indulgencias propios de los que asisten a esta festividad del perdón. Uno de ellos fue Fray Diego, que había sido enviado a Roma por su superior. Su estancia en la Ciudad Eterna coincidió en el tiempo con el comienzo de una epidemia de peste que provocó una gran mortandad entre los peregrinos. Para hacer frente a las necesidades sanitarias de la ciudad, San Diego convirtió el convento de Santa María de Araceli en una enfermería. Tal era el amor y la devoción que mostraba con sus enfermos que incluso les servía la comida de rodillas, o le ungía sus tumefacciones como un esclavo a su señor, llegando a lamerles las llagas con su lengua.

Una vez finalizadas las ceremonias de canonización regresó a España, marchando a la Provincia de Castilla e ingresando en el convento de Nuestra Señora de la Salceda, lugar en el que tuvo que luchar continuamente contra las tentaciones del demonio y entregarse por completo al ayuno, la disciplina, la oración y la contemplación, además de otros santos ejercicios propios de los ascetas solitarios. Los ejercicios espirituales que había practicado hasta ahora los comenzó a alternar con trabajos corporales como el cultivo de legumbres y verduras en la huerta, cuyo fruto serviría para el consumo del convento.

Poco sabemos de la existencia y del tiempo que fray Diego permaneció en este cenobio, en el que años más tarde (1484), se formaría el fundador de la Universidad de Alcalá, Francisco Jiménez de Cisneros. Abandonado y destruido tras la desamortización de Mendizábal (1836), solo quedan hoy de él unas pocas ruinas.

La propuesta de canonización de Fray Diego surgiría por iniciativa del rey español Felipe II, agradecido por la curación de su hijo Carlos. En 1563 envía una embajada al papa para promover su glorificación. Las gestiones para obtener el reconocimiento de la santidad de Fray Diego continuarán en años sucesivos, hasta que el día de la Visitación de Nuestra Señora, 2 de Julio de 1588, en la Basílica de San Pedro de Roma se produjo la solemne proclamación a manos del Papa Sixto, en presencia cardenales, obispos, frailes, sacerdotes e infinidad de laicos creyentes.

2. SAN DIEGO EN ALCALÁ

A esta ciudad fue destinado Fray Diego en la última etapa de su vida, continuando su misión en el recién fundado convento alcalaíno de Santa María de Jesús.

“...donde con fama crecida
y santidad nunca oída
y obras de grande misterio
bivió en este monasterio
lo que le duró la vida...”
(Moreno, 1588: versos 246-250)

La construcción del nuevo cenobio data de 1453 y recibiría el nombre de Santa María de Jesús, rebautizado años más tarde como San Diego se terminó en 1456. Su fundación fue impulsada por Alonso Carrillo de Acuña⁴ arzobispo de Toledo.

⁴ Alfonso Carrillo de Acuña nació en el pueblecito conquense de Carrascosa del Campo en 1410. Sobrino del cardenal Alfonso Carrillo, fue nombrado obispo de Sigüenza en 1436 y arzobispo de Toledo en 1446. Fue consejero de la princesa Isabel (I) cuando ésta pretendía acceder al trono de Castilla y en su matrimonio con Fernando de Aragón en 1469. Falleció en Alcalá de Henares, el 1 de julio de 1482, en cuya catedral de los Santos Niños Justo y Pastor se encuentra su sepultura.

No bien se había terminado de levantar el monasterio de Santa María de Jesús destinado a la Orden Seráfica, cuando el arzobispo Carrillo lo inauguró e invitó a doce frailes a vivir en este convento como fundadores, exigiéndoles que llevaran una vida y costumbres acreditadas para que fuesen ejemplo de las generaciones futuras. Este sería el lugar de residencia de Diego los últimos siete años de su vida de 1456 a 1463. Durante este período, destacó por sus virtudes y sus extraordinarias obras. Fue un fiel cumplidor de la regla franciscana, tanto en el ejercicio de la humildad como en la búsqueda de la paz espiritual. Siempre se consideraba el menor de todos los hermanos y nunca salía de su boca ninguna queja a pesar de la dureza de los trabajos. Una de sus devociones predilectas, a la que se dedicaba con gran placer y regocijo era la Pasión del Señor:

“...y para meditarla muchas veces se ponía en cruz y quedaba tan tierno y encendido con la memoria de ella, que muy á menudo hablaba palabras de maravillosa eficacia de los dolores y tormentos que por nosotros en el madero de la santa cruz había padecido el Señor. Traía en sus manos una cruz de palo para que nunca se apartase de su memoria la cruz de Cristo, y despertase á sí mismo y á todos los otros con quienes trataba á la consideración de la pasión de nuestro Redentor.” (Rivadeneira, 1790: 392)

Pero si en algo destacaba Fray Diego era en su amor y dedicación a los pobres. A ellos se entregaba en alma y cuerpo, proporcionándoles todo el consuelo que necesitaban, no solo en el terreno material sino en el espiritual, mostrándoles una gran delicadeza y ternura y consolándolos en sus desgracias.

Todas las acciones de Diego eran de una gran candidez y prudencia, como inspiradas por el propio Señor. Dios siempre estaba a su lado en caso de necesidad.

“...el alma humilde y sencilla es capaz para ser enseñada de Dios y levantada á cosas maravillosas y soberanas, como se ve en algunas que hizo Dios con el santo Fr. Diego, aun en el tiempo que vivía, porque, partiendo una vez de Cerrage para Sanlúcar de Barrameda con su compañero, y faltándoles la provisión necesaria para aquel camino, que era largo y despoblado, y hallándose el compañero muy flaco y descaecido, él le consoló, asegurándole que Dios los proveería en aquella necesidad. Y así fué, porque yendo un poco más adelante hallaron pan, vino, pescado y una naranja, envuelto todo en un paño

limpio que por mano de ángeles había enviado el Señor; y haciéndole gracias, comieron alegremente y quedaron muy confortados y consolados en sus almas por aquella bendición y regalo que les había enviado.” (Rivadeneira, 1790: 393)

Diego, como otros muchos hermanos de su orden, fue un simple lego que no pudo tener acceso al estado sacerdotal, debiendo encargarse de las tareas temporales del convento, dejando las labores más propiamente espirituales a los que habían sido ordenados. Hombre trabajador y experto en la floricultura al que se le asigna la tarea de jardinero y hortelano en el lugar conocido como “huerto de san Diego”.

Dice la leyenda que el santo plantó en la huerta una parra que durante más de doscientos años se conservó con la misma lozanía y fecundidad. De sus exuberantes racimos disfrutaron los Monarcas españoles y su familia. El Guardián de Santa María de Jesús, encargó a San Diego la responsabilidad de atender la portería. Su intención era, que el ejemplo de santidad del humilde lego, sus palabras fervientes y su rectitud de intención, sirvieran para la edificación de las personas que se acercaran a la puerta del Convento. Es de ver la forma en que San Diego hacía el oficio de portero. En todo momento demostró una extraordinaria paciencia, un comportamiento amable y afectuoso, practicando la caridad y dedicando su tiempo y amor a todos los pobres a los que les faltaba lo indispensable para vivir y que acudían numerosos a su puerta.

En este convento franciscano de Santa María de Jesús falleció San Diego víctima de una grave enfermedad, al parecer por el contagio de un virus que le provocó una herida en el brazo izquierdo con supuración e inflamación. Los dolores eran tan intensos, que otro que no hubiera sido Diego hubiera roto en mil palabras de impaciencia. Esto no ocurrió con el santo, nadie oyó que saliera de su boca palabra descortés y violenta alguna, no hubo por su parte ningún gesto de exasperación o de sufrimiento, antes, al contrario, mostraba el semblante propio de una persona que no padecía enfermedad ninguna.

El propio cirujano que lo atendía y otros testigos que estaban presentes dieron fe de su comportamiento ante el sufrimiento:

“...porque tenía el brazo tan embarado, que no le podía menear, ni el cirujano se le podía mover, y era imposible que no fuessen mortales, e intolerables los rayos y dolores que sentía: pero de tal fuerte tenía este bienaventurado rendidos sus afectos a la voluntad de Dios que se servía de que padeciese, y tan refrenadas tenía sus pasiones con

la virtud de la paciencia, que ni aún con el semblante, no quería dar muestras de sentimiento.” (Cetina, 1609: 126v)

La acumulación de pus aceleró su muerte. Todos los miembros de la comunidad pudieron comprobar con asombro, como de la zona lesionada emanaba un delicioso olor. Finalmente, nada se pudo hacer por su vida, porque la infección continuó hasta provocarle la muerte.

Fray Diego intuyó que su fin se acercaba y que Dios le llamaba a su lado. Asistido espiritualmente con el sacramento de la unción de los enfermos, suplicó a sus hermanos indulgencia por los pecados cometidos en cada una de sus personas, hecho lo cual, y apretando la cruz que siempre le acompañaba, entregó su alma a Dios. Cuando se acercó la hora de volar a la gloria del Cielo, hizo que viniera el guardián del convento de Santa María de Jesús Fray Juan de Peñalver y el resto de sus hermanos. Una vez reunidos alrededor de su lecho y lleno de profunda humildad, les pidió que le perdonasen sus malos ejemplos.

Después de todo esto ocurrió algo maravilloso, aquel brazo enfermo que le llevaba a la muerte, que no podía mover ni el cirujano doblar, lo extendió hasta alcanzar la cruz de madera situada a su cabecera. La adoró y besó con especial devoción y abrazándose a ella bañado en lágrimas, exclamó en latín: “Dulce lignum, dulces clavos, dulcia ferens pondera, quae sola fuisti digna sustinere regem coelorum e dominum” que traducido quiere decir: “Dulce madero que sostienes los dulces clavos y la dulce carga, el único que fuiste digno de sostener al Señor y Rey de los cielos”.⁵ Esto provocó gran admiración entre los circunstantes, porque ningún fraile del monasterio le había oído decir nunca palabra semejante en latín puesto que era lego y sin letras. Y así abrazado a la cruz murió el bienaventurado San Diego.

“Y sintiendo el amigo del altísimo la voz y llamamiento del señor, se aparejo con mucha devoción y recibidos todos los sacramentos un sábado doze días de Noviembre de mil y quatrocientos y sesenta y tres passo al Señor, a quien tan fielmente avia servido.” (Lisboa, 1570: 128v)

Por este gesto de morir abrazado a la cruz es por lo que en las representaciones iconográfica del santo se le personifica con una cruz en las

⁵ Texto atribuido al antiguo autor cristiano Claudio Mamertino, muerto hacia el 473, autor de escritos teológicos e himnos litúrgicos, entre los cuales estaba uno dedicado a la pasión de Cristo.

manos. Falleció un 12 de noviembre de 1463 contando con unos sesenta y tres años de edad.

El padre Melchor de Cetina nos hace un apasionado relato sobre lo ocurrido durante e inmediatamente después de la muerte de San Diego:

“...salida la bendita alma del glorioso san Diego de su cuerpo, no quedo el santo cuerpo como muerto, sino con señales de vida: para dar a entender, que aunque murió temporalmente, vive en el cielo con eterna vida. En la información deste siervo de Dios, afirman muchos testigos debaxo de juramento, que después de la muerte no quedo su cuerpo elado, hierto, perdido el color, y el movimiento, asqueroso y de mal olor, como los otros cuerpos de los difuntos, sino que quedo en color, y en semblante de rostro, como quando estava vivo, y todos los miembros quedaron con calor, y tan agiles, que se meneavan sus brazos, manos y pies, y le estallaban las coyunturas, como sino fuera difunto, sino en realidad estuviera vivo.” (Cetina, 1609: 134)

Al parecer este fenómeno se prolongó a lo largo de medio año y fue visto por numerosos testigos. Uno de los que pudieron contemplar esta prodigiosa maravilla fue el mismísimo Arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo que en aquellos días residía en Alcalá y que se había desplazado al Convento de Santa María de Jesús para presenciar el cuerpo muerto del santo. No solo lo vio, sino que tocó con sus manos los brazos y piernas, “...y le meneo sus coyunturas...” y viendo lo que había sucedido con su siervo bienaventurado, lleno de admiración se quedó alabando a Dios y exclamando que nunca había visto ni oído nada semejante de ningún santo.

Tal fue la afluencia de gentes que venían a recoger tierra del lugar, que se hizo necesario resguardar el cuerpo del santo de cualquier daño y profanación. Fue tal la asistencia de todo tipo de gentes que acudieron a ver aquellas maravillas que Dios había obrado en el santo alcalaíno, que el padre Guardián del convento dio instrucciones para que bajaran su cuerpo a la iglesia y lo instalasen en la capilla mayor, donde los devotos pudieran verle y tocarle hasta el día siguiente en fue enterrado. No faltaba quien le cortaba un trozo de hábito o parte de los cabellos, otros hacían pasar por su cuerpo el rosario u otros objetos personales, teniendo por una gran ventura disponer de un relicario que hubiese estado en contacto con su cuerpo santo.

Hay numerosos testimonios sobre algunas cosas extraordinarias que pasaron tras su muerte. Uno de los que más sufrieron fue su amigo Fray Juan de Peñalver. Tanta era la devoción que sentía por el santo, que no tuvo reposo hasta hacer desenterrar su cuerpo y comprobar que a pesar

de haber transcurrido ya cuatro días, aún mantenía el mismo aspecto que cuando estaba recién enterrado. No había el menor rastro de corrupción ni desprendimiento de mal olor, al contrario, era tal la fragancia y suavidad del olor, que de los presentes nadie podía decir cuál podía ser la naturaleza de tal aroma. Los frailes del convento consideraron que el sagrado cuerpo de este santo merecía ser respetado. Lo colocaron en un arca y sacaron su mano al exterior de la misma para que fuera objeto de veneración por todos los que acudían a verlo.

Con manifestaciones milagrosas cada vez más frecuentes, aumentaron las visitas de los devotos alcalaínos a su tumba, donde no faltaban las lágrimas, las ceremonias eucarísticas y los rezos. Conocemos la opinión de los reyes españoles cuando, en 1589, visitaron y contemplaron el cuerpo incorrupto:

“Admiravanse grandemente de ver aquel cuerpo santo, que después de ciento y veinticinco años, que era muerto, estuviese entero, y sin corrupción alguna: los ojos llenos, las mexillas de color rosado, la frente lisa y cubierta de carne con tanta entereza, como si estuviera vivo; que con esto, y con la suavidad de olor que de si despedía, estava dando testimonio de la gloria de que goza su alma en el cielo, y combidando a los que le miravan a que se valiessen de su intercession.” (Cetina, 1609: 273v)

En el convento de Santa María de Jesús permaneció durante muchos años, hasta que sus restos fueron trasladados a la Iglesia Magistral de la ciudad de Alcalá, en cuya iglesia se exhibe su cuerpo incorrupto todos los años cada 13 de noviembre. La urna con su momia al descubierto se sitúa en el altar mayor, a la vista de todos los fieles que deseen contemplarlo. Numerosos devotos peregrinan para rendirle veneración y pedir su intervención en toda clase de necesidades. La fiesta que dura todo el día, comienza con una misa y un sermón a cargo del Sr. Obispo de Alcalá.

En la misma Magistral está la capilla dedicada al santo donde se expone el arca de madera recubierta de plata dorada y decorada con filigranas, donde se conserva el cuerpo incorrupto del santo. En 1658, por orden del rey Felipe IV, se construyó una nueva urna.

“Y para que fuese igual en todo la grandeza, se labro para la caja de plata, que guarda el cuerpo del santo una sumptuosa urna, que en jaspes de diferentes colores sirven unos a otros de vistosos esmaltes, y en la urna dos rejas de bronce dorado demolido a las frentes, para que

se vea el arca, quando la devoción lo solicite, y se pueda sacar el santo cuerpo, o en sus fiestas solemnes, o en las necesidades comunes; y en la fachada principal de la urna sobre el altar se labró del mismo bronce un escudo de singular grandeza de las armas reales de España, que están diciendo sin hablas, que sobre el arca, y cuerpo de san Diego descansan sin peligrar las armas de el Rey Católico, que junto con quatro ricas lámparas grandes de su Majestad en las quatro esquinas del crucero de la capilla, publican en piadoso estilo, quanto blasona su piedad real de tan de voto patronato: a las espaldas del altar, y urna de san Diego tiene la capilla un transparente, ó camarín hermoso, donde el arte de la pintura se acreditó en vistosas perspectivas, conque dentro, y fuera es oy la capilla empleo digno de admiración, de quantos nobles, y plebeyos frecuentan la sumptuosidad deste santuario, en que se eternizará executoriada con tan gloriosos actos positivos la magnificencia del Rey nuestro señor Don Felipe Quarto, que Dios prospere, y guarde felices años." (Rojo, 1663: 301-302)

A lo largo del tiempo ha sido restaurada en diferentes ocasiones, sufriendo la última restauración al acabar la guerra civil. Presenta en su cabecera el escudo de la casa de Austria y a los pies el de la Orden de San Francisco.

A la muerte del santo le fueron amputadas las dos piernas para que pudieran convertirse en reliquias objeto de la veneración de los fieles y a eso se debe que las dimensiones de la urna sean menores que las habituales para una persona de estatura normal.

3. LOS MILAGROS

Según el Diccionario de la Lengua Española (RAE), un milagro "es un hecho no explicable por las leyes naturales y que se atribuye a intervención sobrenatural de origen divino".

La palabra milagro deriva del latín *miraculum*, que significa "prodigio", "maravilla", "cosa extraordinaria", y se refiere a todos aquellos sucesos extraordinarios o sobrenaturales que no tiene explicación razonable. Santo Tomás de Aquino, en *Suma contra gentiles* Libro III, Cap. CI dice:

"...serán propiamente milagros las cosas que divinamente se realizan fuera del orden comúnmente observado en la naturaleza."

Como principio debemos aceptar que el milagro, como recibido de la santidad de Dios, no puede provocar ningún tipo de anarquía y confusión, ni se manifestará como algo irrisorio, grotesco, extravagante ó estrafalario. En el caso que nos ocupa, sabemos que nada más morir Fray Diego fue enterrado en una capilla del mismo monasterio de Santa María de Jesús donde habitaba. El Señor honró su santidad con algunos maravillosos milagros realizados por su intervención, antes y después de su muerte. Sobre estos hechos sobrenaturales, de los que se conservan abundantes testimonios, muchos de ellos incluso refrendados por notarios de gran reputación, así como de numerosos testigos, aumentaron el prestigio y la fama de santidad de fray Diego.

“Y porque de su vida y su devota muerte, y de todo lo que aconteció a su sepultura, y de las maravillas de su sancto cuerpo, y de los muchos milagros que nuestro señor por el hizo, conste al mundo los grandes merecimientos de su siervo, referirse aqui los mismos testimonios que auténticamente se sacaron muy largamente con las mismas palabras en forma jurídica, porque assi causen mayor fe y edificacion en todos los fieles, y mayor conocimiento y devocion deste sancto varon para gloria de nuestro Señor, y salvación de las almas.” (Lisboa, 1570: 128v)

Son numerosas las fábulas o tradiciones sobre el santo que han llegado hasta nosotros, aunque la mayor parte de ellas no están apoyadas por documentos que lo atestigüen. Se llegó a decir incluso que todo aquello que había estado en contacto con el santo quedaba santificado.

El guardián del convento de Santa María de Jesús, el franciscano Fray Melchor de Cetina, autor de *Discursos sobre la vida y milagros del glorioso padre San Diego*...obra publicada en 1609, tras examinar atenta y particularmente muchos de sus milagros, alega razones, contra el parecer de otros autores, que ponen en duda su intercesión en ellos después de la canonización. Fray Antonio Rojo, natural de Pinto, era también guardián del convento de Santa María de Jesús, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Examinador sinodal del Arzobispado de Toledo, escribió también un libro sobre la *Historia de San Diego de Alcalá*, donde hace aportación de nuevos milagros.

Aunque son pocos los hechos que han llegado hasta nosotros sobre algunos períodos de su existencia, en muchas historias de su vida, sobre todo en aquellas escritas por sus primeros biógrafos, son abundantes los relatos de sucesos imaginarios y maravillosos que en su día fueron admitidos como verdaderos.

Durante los trámites para su canonización, hubo que presentar hasta ciento treinta milagros atribuidos a él y que todos consideraron fidedignos. Entre ellos los había de todos los tipos, generalmente relacionados con la curación de enfermedades de variada naturaleza y en personas que ya estaban desahuciadas por los médicos.

En muchos casos, bastaba el contacto del enfermo con la mano del santo franciscano para que se produjera la curación milagrosa. Los afectados por estas repentinas recuperaciones de salud, propagaban por donde iban lo que les había ocurrido por intercesión de fray Diego y de este modo no faltaban nunca numerosos peregrinos llegados de toda España para orar delante de su tumba.

Estas tradiciones y leyendas, verdaderas o no, merecen nuestro respeto y consideración. Admitimos que para un ciudadano del s. XXI, que ha conocido el vertiginoso avance de la medicina, sea difícil aceptar ciertos milagros como verdaderos, pero no es menos cierto que la mayor parte de los hechos narrados en esta obra tenían como protagonistas a gentes sencillas, humildes e ignorantes y que muchas de ellas, debido a su incultura, creían cualquier cosa con facilidad.

Se pueden acreditar los numerosos los milagros que sucedieron en el mismo oratorio donde se depositó el cuerpo de Fray Diego. Uno de los primeros sucesos extraordinarios ocurridos tras su muerte se produjo la noche antes de su sepelio. Estando depositado el cadáver de Fray Diego en la capilla acompañado de Fray Pedro Maturana, pudo éste contemplar cómo se producía un resplandor deslumbrante que inundaba todo el recinto. Asustado el buen fraile marchó para solicitar la ayuda del sacristán del convento, pudiendo comprobar a su regreso que aquella misteriosa luz había desaparecido.

Sobre Fray Diego se cuentan leyendas verdaderamente curiosas. Tal fue su prestigio y popularidad a causa de los numerosos milagros que se le atribuían, que sus restos nunca pudieron permanecer tranquilos en su lugar de reposo. La familia real española solía recurrir con frecuencia a su cuerpo incorrupto cuando se trataba de buscar la curación de algunos de los miembros de su familia.

A San Diego se le atribuyen numerosos milagros, muchos de ellos legendarios y que generalmente suelen ser comunes a los realizados por otros santos de la época. Solo incorporamos en esta obra aquellos más conocidos atribuidos al Santo alcalaíno y que ejercieron una notable influencia sobre los acontecimientos de su tiempo.

Después de la muerte de Fray Diego ocurrieron cosas maravillosas, como cuando desenterraron su cuerpo encontrando que no se había

corrompido aún, que conservaba su hábito franciscano y que despedía un olor especialmente agradable. Abundan las historias prodigiosas relacionadas con el cuerpo de San Diego, donde se hace gala de una imaginación desbordante hasta entrar en el terreno de lo extravagante y ridículo.

Sobre los milagros atribuidos a San Diego, encontramos testimonios literarios de poetas posteriores, que no dudaron en censurar todos aquellos sucesos inexplicables y extraordinarios, poniéndolos en ridículo por medio de alguna ocurrencia chistosa, oportuna o mordaz. Uno de los que más se destacaron en este terreno fue el poeta Manuel de León Marchante. Para confirmar lo dicho anteriormente, reproducimos uno de sus poemas en forma de sátira, donde el escritor se burla de aquellos milagros realizados por el santo a toda clase de lisiados, paralíticos, parturientas, sordos, mudos o leprosos que habían acudido a él implorando su auxilio.

“A SAN DIEGO DE ALCALÁ

ROMANCE

San Diego, si á hacer milagros	Que saneis á los Tullidos,
No queréis tirar la rienda,	No lo tengo por decencia;
Os iréis tanto ensanchando,	Que un Frayle Francisco no
Que no quepáis en la Iglesia.	Ha de andar echando piernas.
.....	Dexad estár los Leprosos,
A los Sordos, que os visitan,	Que es pegajosa la lepra,
Hacéis abrir las orejas;	Y dirán, que andáis con ellos,
Y á los Mudos, que de Vos	Solo por lo que se pega.
Se vayan haciendo lenguas.
No condeno, que á los Mudos	Las que están de parto, allá
Hagais hablar mas que quieran;	Se lo hayan con las Parteras;
Mas quanto mejor seria	Y ved, que es muy sospechosa
Quitaros de malas lenguas?	Santidad, que es Comadrera,
Admírame, que á los Ciegos,	Dexad á los Corcobados,
Que os viene buscando á tiéntas,	Que un hombre de vuestras prendas,
No sentandoles la mano,	No ha de hacer buenas espaldas
Los hagáis ver las Estrellas	A cosas; que están mal hechas.”
	(León, 1733: 337)

Inquisidor, mercenario y pirómano literario, Marchante, nos da algunos ejemplos de este tipo de literatura burlona, irónica y sarcástica, como se puede apreciar en los siguientes versos, esta vez en forma de redondillas:

“UN TUERTO, PIDIENDO
A SAN DIEGO REMEDIO PARA
UN OJO.

REDONDILCAS

<p>Un Tuerto soy desgraciado; Y adviertoles una cosa, Que era yo como una rosa, Sino que me han desojado. Libradme, pues, de este enojo San Diego, por vuestro amor; Y haced, pues que sois Doctor, Oy una cura á buen ojo. De vos mi remedio espero, Poder, y prendas tenéis;</p>	<p>Y si un Tuerto deshacéis Haréis como Cavallero. Libradme de los fisgones; Que solicitan mi enojo; Que si vos me dais un ojo, No me darán mas xabones, Y si mi zelo no acierta, Por ser necio en el pedir; Otra vez hacedme abrir El ojo, y estaré alerta.” (León, 1722: 149)</p>
--	---

La eficacia milagrera del santo fue capaz de cruzar el Océano y llegar a numerosos territorios de las colonias americanas pertenecientes a la corona española, especialmente al reino de Nueva España.

Pero si hubiera que destacar uno entre sus numerosos milagros, el que más fama dio a Fray Diego es el conocido como milagro de las flores.

El avance de la edad y los achaques de la vejez hacía que decayeran el vigor, la robustez y la fuerza propia de la juventud. En esta situación, sus superiores, para librarle de las penosas labores agrícolas de la huerta, lo destinaron a ejercer las tareas propias de portero del convento. Él acogió este cargo con obediencia franciscana y agradecimiento por lo que suponía estar al servicio de los más pobres.

A todos les repartía la limosna con el mismo espíritu de caridad, como si lo que estaba haciendo lo hiciera con el mismísimo Jesucristo. No distinguía a pobres de costumbres poco edificables ni a virtuosos, al fin y al cabo, su socorro era siempre un acto de caridad por amor de Dios.

Grande era el campo en que ejercer las obras de misericordia por parte del santo portero. No solo le buscaban los hambrientos para que les diese de comer, sino otros muchos necesitados, entre los que se encontraban los enfermos que buscaban su salud. De esta manera, ayudaba a los miserables con todos los medios posibles. Aprovechaba estos momentos para poner delante de sus ojos la monstruosidad del pecado y de todos los vicios y, por otra parte, la hermosura de la Gracia celestial y de las virtudes.

Desde su puesto, Fray Diego ayudaba a los necesitados que llamaban a la puerta pidiendo limosna. A pesar de la escasez, les repartía la comida que robaba del comedor del convento, limitada la mayor de las veces a unos pocos panecillos.

Según la tradición, por aquellos años la comunidad franciscana de Santa María de Jesús se encontraba en serias dificultades económicas. El propio guardián del convento, que vigilaba atentamente a Fray Diego, había dado instrucciones a los monjes para que evitaran el exceso en la distribución de limosnas a los pobres.

En una ocasión el guardián, vio como salía Fray Diego de la despensa con algo oculto en los pliegues de su hábito. El superior le preguntó qué era lo que llevaba y le conminó a que le mostrase aquello que quería esconder. Diego le respondió que eran rosas para una enferma. Parece que esta respuesta no fue convincente a su interlocutor, porque no era la época de su floración. El superior le forzó a mostrar la carga, con lo que se derramaron milagrosamente las flores al suelo. Maravillado el guardián, comprendió que aquellos preciosos capullos cogidos fuera de temporada eran un auténtico milagro y lo que tenían en el convento era un verdadero santo. A partir de ese momento le permitió que prosiguiera con aquellas pequeñas sustracciones de comida, pues entendía que Dios remediaría las necesidades del convento, y que nunca les faltarían alimentos abundantes.

Este fue uno de los milagros más famosos que realizó Fray Diego y que el arte se encargó de figurar de forma reiterada en estatuas y pinturas de todo el mundo. En la iconografía de San Diego, se representa siempre este suceso extraordinario con el santo levantado el hábito y mostrando el pan para los pobres convertido en flores.

Destacaremos algunos sucesos relacionados con milagros y apariciones de San Diego a la monja toledana Sor Mariana de Jesús⁶.

En una ocasión, Sor Mariana, al bajar una escalera de su casa con bastante pendiente, tuvo la desgracia de que se le torció el cuerpo, con tan mala suerte, que rodó violentamente cayendo al suelo. A resulta de los golpes recibidos quedó en el suelo sin sentido como si estuviera muerta. En los brazos, espalda y cabeza le aparecieron unas tumefacciones tan abultadas, que impedían que los sanitarios que acudieron a prestarle auxilio

⁶ La Venerable Sor Mariana de Jesús, nació en Escalona en 1577 y vivió en Toledo hasta su muerte en 1620. Casó dos veces pero se quedó viuda cuando aún era joven e ingresó en la Orden Tercera de San Francisco, compartiendo su vida con otras cinco hermanas en el Beaterio de Santa Leocadia de Toledo. A su muerte se edificó una capilla en su honor próxima al templo de San Juan de los Reyes de la capital toledana.

podieran determinar si tenía algún hueso roto. Inmediatamente comenzó a sufrir fuertes calenturas, vómitos, temblores del cuerpo y arrojaba sangre abundante por oídos, narices y boca con un fuerte olor pestilente. Los médicos que la asistían, después de aplicarle muchos remedios en balde, decidieron “recetarle” los Santos Sacramentos.

Recuperado el sentido momentáneamente recibió el Viático, para volver a perder nuevamente la conciencia. Comienza la agonía y todas las circunstancias llevaban rápidamente a la muerte a la monja, con el desconsuelo de todos los asistentes. Entre las personas que esperaban el fatal desenlace se encontraba la hermana Juana de Montoya, amiga y confidente de Mariana de Jesús, que al ver el estado en que se encontraba su íntima compañera se encomendó con gran fervor al amparo y protección de San Diego, al que prometió una novena si se recuperaba la paciente. Tras la promesa, la Venerable Mariana vio una nube resplandeciente, que despedía unos fuertes rayos de luz. En el centro de la misma y con intensos resplandores de gloria, aparecía San Diego en toda su hermosura, los cabellos ensortijados, el color castaño claro, en la cabeza lucía la diadema de gloria y en la mano una cruz de oro, descalzo de pies sobre una nube y con un precioso rosario colgando. Diego saludó a la monja a la que dijo: *Paz sea contigo*. No había terminado el santo de pronunciar estas palabras de salutación cuando la moribunda recuperó los sentidos y tomó conciencia del peligro de muerte en que se encontraba. Su humildad la lleva a dudar de la presencia del santo, por no considerarse digna de su visita. El bendito lego le asegura que viene a salvar su vida enviado por la Madre de Dios y ruega que traigan la reliquia de su dedo del Convento de San Juan de los Reyes con el que sanará.

Traída la reliquia, la depositaron sobre el pecho de la enferma, mientras el santo, sentado en la cama, le tocaba con su cruz el pecho y rogaba al Cielo por su salud. Inmediatamente cesó la agonía y recuperó la respiración, diciendo al mismo tiempo las siguientes palabras: “Santo mio, mirad lo que hazeis: si me aveis de sanar el alma, sanadme el cuerpo, sino mas quiero morir, que ofender a Dios.”

Oído esto, el santo levantó los ojos al Cielo, aplicó la cruz a su cabeza al mismo tiempo que la tocaba con sus manos. Hizo lo mismo con el resto de las partes del cuerpo que estaban en peor estado, restituyendo inmediatamente la salud de la Sierva de Dios. Terminada su intervención terrenal, el santo se elevó poco a poco en la nube, satisfecho de haber cumplido con la obra que Dios le había encomendado. Mariana pidió de comer y charló con todos los asistentes, de tal modo, que la que hacía una hora se estaba muriendo sin remedio, ahora se encontraba cenando llena de salud.

Entre los numerosos milagros atribuidos a San Diego, relativos a la resurrección de difuntos, adquiere especial interés el ocurrido a la Venerable Madre Sor Francisca Inés de la Concepción cuando era niña. Esta monja fue Abadesa del Convento de Nuestra Señora de Belén de Cifuentes y fundadora del Convento de Nuestra Señora de la Misericordia de las Franciscanas Menores Observantes en Oropesa.

El reverendo Padre Fray Lope Páez, un franciscano del s. XVII, predicador apostólico y visitador general de la Tercera Orden de Penitencia en España, nos ha dejado un valioso testimonio de su vida y de sus excelentes virtudes que fue editado en 1653 en Toledo bajo el largo título de: *Espejo de virtudes en la vida, y muerte de la V.M. Francisca Ines de la Concepción, Abadesa del Convento de N. Señora d Belen de Cifuentes. Y fundadora del de Nuestra Señora de las Misericordias de Oropesa, Recoletas de la Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco.*

Hija de padres nobles al servicio del conde de Cifuentes, nació en la villa toledana de Barcience en 1551. Desde su nacimiento fue de salud tan enfermiza y delicada que parecía imposible que pudiera sobrevivir y desarrollarse normalmente. Continuaron estos achaques hasta que cumplió cinco años de edad, que fue cuando comenzó a andar. A pesar de los cuidados de sus padres, continuó aquejada de achaques hasta los siete años en que dejó de comer con peligro cierto de perder la vida.

Hubo un día, en que los que la rodeaban la creyeron muerta y fueron a preparar su entierro y sepultura. Su madre, devota de San Diego de Alcalá, acudió a él pidiendo su intercesión, rogándole que devolviera la vida a su hija muerta, prometiéndole la mortaja y el peso de la niña en cera. El santo franciscano, atendiendo a los piadosos ruegos de sus devotos y amigos, se le apareció a la niña y le ordenó que llamase a su madre y le pidiese de comer. Preguntada la niña qué pediría de comer, respondió que una sardina. Así fue como la niña ya resucitada, con la admiración de todos los que la habían visto muerta, pidió a su madre que quería comer una sardina, como le había ordenado el fraile de San Francisco que le había devuelto a la vida. La madre agradecida, a los pocos días viajó acompañada de su hija a Alcalá a dar las gracias al santo. La niña pudo contemplar en la capilla un retrato de su benefactor e inmediatamente dijo:

“Madre este es el que estuvo conmigo, y me resucitó estando muerta, y en conocimiento desta verdad, la sierva de Dios tuvo especialísima devoción toda su vida al glorioso San Diego, y estando en el convento de Cifuentes, le hizo un altar con una imagen del santo, y con una reliquia en el pecho.” (Rojo, 1663: 273)

Sor Francisca falleció en 1620 y fue enterrada en el mencionado Convento de Oropesa.

3.1. *El Santo de los Reyes*

Hemos visto como Fray Diego, santo milagrero por excelencia, se interesó especialmente por los más pobres y humildes de la sociedad de su tiempo. Pero no es menos cierto, que entre los “clientes” curados por su intercesión, no faltaron individuos de las clases aristocráticas y señoriales más acreditadas, llegando incluso hasta la propia familia real.

Era conocida la devoción de la Casa de Austria por San Diego de Alcalá. Sucedió con frecuencia que, en los momentos más dramáticos de la vida de los miembros de la familia Real, se recurriera a su milagroso cuerpo momificado, buscando obtener la mediación en la enfermedad o la muerte.

Es difícil imaginar que aquel fraile pobre y oscuro, con motivo de unos acontecimientos sorprendentes e inexplicables, se convirtiera en uno de los santos preferidos de los reyes españoles:

“El querido de los Reyes,
Padre de la Casa de Austria:
Porque vean, que aunque Lego,
La Corona no le falta.”
(León, 1733: 338)

3.1.1. Enrique IV

Eran numerosas las personas que acudían a venerar las reliquias del santo atraídas por la fama de sus milagros y por su maravillosa incorrupción. Uno de los primeros personajes de elevada condición social que fueron testigos de este portentoso, fue el rey de Castilla Enrique IV,⁷ que

⁷ Enrique IV rey de Castilla (1454-1474). Nació en Valladolid en 1425, hijo de Juan II. Casado en 1440, con la infanta Blanca de Navarra y en 1455 en segundas nupcias con Juana de Portugal. Surge un fuerte descontento entre la nobleza castellana y el rey que da lugar a la creación de una liga nobiliaria constituida en 1464 en Alcalá de Henares. Se producen fuertes enfrentamientos entre los Mendoza partidarios del rey y los Pacheco, promotores estos últimos de la alianza nobiliaria contra el soberano. En las conocidas como vistas de Cigales se alcanzó un acuerdo, en el que Enrique tuvo que ceder ante las exigencias de la nobleza. En 1468, el rey castellano y su hermana Isabel firman el famoso Tratado de los Toros de Guisando, por el que Enrique declaraba heredera a la infanta Isabel. Falleció en Madrid en 1474.

a los quince días de la muerte del siervo de Dios vino a Alcalá con toda su Corte a adorarle.

Este fue el comienzo de la devoción, que los demás reyes de España sus sucesores hasta Felipe V, sintieron por el venerado San Diego, de modo que, desde entonces, parece haber quedado vinculada y como hereditaria esta devoción a la Corona española.

Uno de los más famosos milagros realizados por intercesión del humilde lego del convento de Santa María de Jesús, fue la curación del propio rey de Castilla Enrique IV. Esta vez se trata de un milagro póstumo, ya que tuvo lugar quince días después de la muerte del santo.

Según un relato hagiográfico, corría el año 1463 cuando durante una de sus frecuentes paradas en el Alcázar de Segovia el rey castellano participó en una partida de caza. No le acompañaría la fortuna, ya que durante la jornada cinegética fue derribado por el caballo y se fracturó uno de los brazos. Puesto en manos de los médicos, no pudieron ni siquiera librarle del intenso dolor que la lesión le producía.

Estando el soberano castellano de paso por la ciudad de Alcalá con el brazo fracturado y conector de la reputación, popularidad, santidad y portentosa capacidad para curar toda clase de enfermedades del portero de los franciscanos, marchó directamente a visitarle a la capilla del convento de Santa María de Jesús. Despojada de toda Majestad, se postró de rodillas ante la tumba del santo y con grandísimo fervor y lágrimas le imploró largamente pidiéndole auxilio y protección para la salvación de su alma y la de todo el Reino. Por deferencia hacia su Majestad, los franciscanos destaparon el sarcófago donde se encontraban sus restos y todos advirtieron sorprendidos como se esparcía un delicioso perfume por toda la estancia. No conformes con esto sacaron el cuerpo y lo depositaron al lado del monarca. El aspecto del difunto era como si aún estuviera vivo. El rey emocionado lo besó y habiendo tocado con la mano del santo su brazo aún convaleciente y del que padecía fuertes dolores, pronto sintió un extraordinario vigor y energía en el miembro enfermo.

Convencido de que la curación era debida a la acción divina recibida a través del fraile y como muestra de gratitud, ordenó de inmediato levantar una capilla que llamaron "Real" para que sirviera de reposo a sus restos mortales, edificada en el mismo lugar donde Diego había realizando las labores de portero del convento. No contento con esto, regaló también una urna de plata con seis cerraduras para que en ella fuera depositado su cuerpo.

El mismo Enrique IV solicitó la intervención divina cuando acudió al sepulcro del lego franciscano buscando la curación de su hija la princesa Juana

la Beltraneja,⁸ que se encontraba afectada por un fuerte dolor de garganta. En agradecimiento por su curación, el rey depositó en el altar del santo un exvoto con la figura de la princesa. Este relato aparece en una crónica de la provincia de franciscana de Aragón:

“Fue devotísimo de San Diego de Alcalá, en cuyo Reynado vivió y murió. A quinze dias después de su transito glorioso, fue el Rey con toda su Corte à visitar sus Santas Reliquias al Convento de Alcalá, y lleno de piadosa admiración, viò el Cadáver milagroso, flexible, oloroso, y tratable. Padecía el Rey un impedimento notable en un brazo, y encomendándose al Santo Fr. Diego, se halló sano. La Infanta Doña Juana *la Excelente*, padecía un grave mal en la boca, encomendóse à San Diego, haziendole una oferta, y repentinamente se halló curada. Agradecido el Rey à tanto beneficio, hizo labrarle la Capilla en el Convento de Alcalá, que tan sumptuosa y magnifica la han puesto sus Sucesores los Serenísimos Reyes de España.” (Hebrera, 1705: 26)

3.1.2. El Príncipe D. Carlos

Habían pasado casi cien años de la muerte de Fray Diego cuando se produjo otro de sus más celebrados milagros. Esta vez el beneficiario del mismo fue el infante y Príncipe de Asturias don Carlos de Austria⁹ hijo de Felipe II.

Era la noche del 19 de abril del año 1562, cuando, estando el príncipe persiguiendo a una criada en el palacio de Alcalá, se cayó por unas escaleras que estaban en obras y se golpeó la sien derecha. Tan mala fortuna tuvo el

⁸ Juana de Castilla nació en Madrid en 1462. Princesa de Asturias y reina consorte por su matrimonio con rey portugués Alfonso V. Hija y heredera de Enrique IV y de Juana de Portugal. Parte de la nobleza se negó a reconocerla como hija legítima del rey, acusando a la reina de haberla engendrado con el duque de Alburquerque Beltrán de la Cueva por lo que tuvo que renunciar a todos sus títulos y señoríos y retirarse a Portugal. Falleció en Lisboa en 1530.

⁹ D. Carlos de Austria, Príncipe de Asturias, nace en Valladolid en 1545. Hijo de Felipe II y de María Manuela de Portugal. Su madre murió como consecuencia del parto. Sufrió de epilepsia y se caracterizaba por tener una complexión débil y enfermiza. Mostró ya desde su más tierna infancia una inclinación sádica con la que gozaba en quemar y sacar los ojos a animales vivos. Designado heredero al trono por las Cortes de Castilla en 1560, mantuvo relaciones con los rebeldes de los Países Bajos y manifestó en alguna ocasión el deseo de matar al rey su padre, razón por la que fue encerrado e incomunicado. Falleció en Madrid en 1568 a los 23 años. Está enterrado en el Panteón de Infantes del Monasterio de El Escorial.

príncipe en su caída que se quedó sin conocimiento, con una fuerte subida de la fiebre y un primer diagnóstico que presagiaba unas lesiones de bastante gravedad. A pesar de las atenciones de los médicos y tras ser punzado para extraerle parte de la sangre, ninguno de los muchos tratamientos aplicados por los facultativos consiguió mejorar la gravedad de las heridas. Tanto empeoró la situación que, considerando que las consecuencias del golpe eran irreversibles, llegaron incluso a perder toda esperanza de recuperación. A la vista de la gravedad de su hijo, el propio Felipe II se desplazó desde el Palacio Real de Madrid para estar su lado en Alcalá. Se solicitó la intervención de los más ilustres doctores entre los que se encontraba el afamado galeno Andrés Vesalio y al que acompañó su amigo el cirujano Daza Chacón. Vesalio, con la intención de salvarle la vida, le realizó una arriesgada operación a vida o muerte, pero el peligro aumentaba de hora en hora. D. Carlos que había perdido el conocimiento quedó afectado por una parálisis y su cabeza aumentó de tamaño de una manera espectacular. Viendo los doctores que al príncipe no le bajaba la fiebre y que había quedado ciego, procedieron a hacerle una trepanación en el cráneo. A pesar de que esta operación fue un éxito y pudo salvar la vida, pronto se evidenció que los daños cerebrales eran irreparables. Las secuelas de la operación fueron tales que acrecentaron su crueldad y sus excentricidades.

Todo indicaba que nada se podía hacer y el propio rey, descorazonado de poder salvar a su hijo, abandonó su lecho y regresó a Madrid, dando las instrucciones oportunas para que se le administraron los Sacramentos y para que se celebraran procesiones a lo largo y ancho de toda España.

En esta situación, al ver que el infante no respondía favorablemente a los remedios terapéuticos que le habían sido suministrados hasta ahora, se decidió recurrir a la intervención divina por medio de la figura de San Diego de Alcalá fallecido en olor de santidad. Cuenta el propio Carlos, cómo durante su convalecencia, vio un fraile que se aproximaba y a medida que se le acercaba sentía una gran mejoría. Felipe II, quiso invocar por su mediación la curación de su hijo, por lo que hizo llevar el cuerpo momificado del santo para que lo introdujeran en la cama del enfermo. Para ello, un grupo de franciscanos, colocaron sus restos en unas andas y en solemne procesión los trasladaron a palacio:

“Se organizó la procesión para el mediodía. Delante iba el pueblo entero clamando a Dios misericordia; seguíanle centenares de penitentes con capirotos y las espaldas desnudas, disciplinándose; detrás venían cuatro frailes franciscanos trayendo en las andas el cuerpo de fray Diego, que venía en un ataúd envuelto en un sudario;

a la derecha e izquierda del ataúd iban dos penitentes, cubierto el rostro por áspero capirote y dejando ver la túnica de sayal, los pies desnudos y ensangrentados por los guijarros del camino; en pos de ellos venía el duque de Alba con la cabeza descubierta, y seguíanles la Universidad, las comunidades religiosas, la nobleza, el clero, los estudiantes, los gremios, no en devota y ordenada procesión, sino mezclados todos y confundidos.” (Hernández, 1964: 50).

A la espera de un milagro, pusieron el cuerpo del fraile dentro del lecho donde estaba postrado el joven agonizante. El superior del convento alcalaíno colocó una mano de D. Carlos en el pecho de fray Diego y unas horas después, el moribundo príncipe, comenzó a respirar normalmente quedando sumido en un profundo sueño. Pronto recobraría la salud, con tal éxito, que esa misma tarde regresaron los restos del santo fraile a su retiro permanente en el convento de Santa María de Jesús en Alcalá. Las mejoras continuaron en los días posteriores. El propio monarca pudo comprobar personalmente como su hijo se recuperaba poco a poco de tan grave enfermedad.

Una vez libre de las calenturas que le habían afectado hasta ahora, con mejor semblante y con un vivo deseo de disfrutar de la existencia, se dirigió a postrarse ante la tumba de su salvador, el frailecito alcalaíno, para darle gracias por su curación.

3.1.3. El Príncipe Felipe Próspero

Felipe Próspero de Austria y príncipe de Asturias, nació y murió en Madrid (1657-1661). Fue el tercer hijo del rey Felipe IV y de Mariana de Austria. Su nacimiento fue muy bien recibido por todos y muchas fueron las ilusiones puestas en el nuevo vástago real, única esperanza del reino en aquellos momentos, porque así se garantizaba la existencia de herederos varones en la Casa Real española. Todas las esperanzas se vieron defraudadas cuando el niño alcanzó los cuatro años de edad, ya que enfermó de muerte, sin esperanzas de remedio humano. De constitución delicada falleció en 1661.

Todo se había intentado para salvar la vida del enfermizo príncipe, incluido el traslado del cuerpo incorrupto de San Diego desde el humilde convento de Santa María de Jesús en Alcalá de Henares al Palacio de los reyes de España en su Corte madrileña, esto fue el 21 de octubre de 1661 por orden del rey su padre, pensando que por su mediación se podría recuperar. A pesar de la premura de la ocasión, el Arca de plata con el cuerpo de San

Diego, fue conducida con el mayor de los respetos hasta la Corte, donde llegaron a las diez del domingo veinte y uno de octubre de 1661. Como la muerte del príncipe se veía ya inminente, se trasladó urgentemente el cuerpo del fraile a la Cámara Real del Palacio y después de haber sido recibido por el rey, fue introducido en el lecho del Príncipe. Al mismo tiempo, el General de la orden franciscana, dirigiéndose a San Diego, le solicitó devotamente que pusiese remedio a aquella necesidad dando salud al enfermo, por la devoción de sus Majestades Católicas, el desconuelo de un padre rey si quedase sin sucesor, además del peligro en que pondría esta pena la salud de la reina que en aquellos días se encontraba encinta y próxima al parto.

Terminadas estas diligencias se quedó el cuerpo de San Diego en el cuarto del Príncipe, siempre acompañado día y noche por orden real por cuatro religiosos. Ni las procesiones, ni los ritos solemnes, ni las plegarias sirvieron de nada. Así pasaron ocho días hasta que Dios lo arrebató de este mundo el 1 de noviembre. El Palacio, la Corte y todo el reino se llenaron de tristeza por esta gran fatalidad.

3.1.4. Mariana de Austria

Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III del Sacro Imperio Romano Germánico, nació en Austria en 1634 y falleció en Madrid en 1696. Estuvo comprometida con su primo el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos¹⁰. A la muerte de éste en 1646 contrajo matrimonio con el rey Felipe IV de España, su tío, para asegurar descendencia masculina.

La temprana muerte del príncipe Baltasar Carlos, dejó a la monarquía y a sus súbditos sin un heredero varón directo. Se habían buscado todos los remedios posibles para la sanación del príncipe, recurriendo finalmente a la intercesión del santo franciscano, del que era muy devota toda la familia real, pero nada se pudo hacer.

La situación era de tal gravedad que Felipe IV estaba obligado a casarse de nuevo para dar continuidad a la dinastía. Eligió como nueva esposa a Mariana de Austria, la prometida del fallecido príncipe y sobrina suya de doce años de edad, con la que casaría tres años después en 1649.

¹⁰ Baltasar Carlos de Austria nació en Madrid en 1629. Hijo de Felipe IV y de Isabel de Francia. En 1632 fue jurado heredero del reino. Se concertó su matrimonio con la archiduquesa Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III. Estando en Zaragoza en el año 1646 se sintió enfermo muriendo poco después.

Embarazada la reina, el 6 de noviembre, es decir, cinco días después de la visita del cuerpo de San Diego a su hijo Felipe Próspero, Mariana de Austria rompió aguas. A pesar del dolor que sentía el rey por la pérdida de su hijo, no se apagó la llama de su devoción a San Diego.

Debido a las dificultades del parto, se consideró oportuna la presencia del cuerpo del fraile para introducirlo en el dormitorio de la reina, temerosa del peligro que corría según su experiencia en otros partos. Como curiosidad diremos, que la reina Mariana tuvo seis hijos de su matrimonio con Felipe IV, de ellos, uno nació muerto, otro murió al nacer, un tercero falleció con un año de edad, el mencionado Felipe Próspero lo hizo con cuatro años y otra hija solo pudo alcanzar la edad de 22 años.

Seis días después de la muerte del Príncipe Felipe Próspero, al finalizar la misa que se dijo a San Diego en su oratorio, la reina se retiró a comer. Apenas se hubo sentado a la mesa, se vio obligada a abandonarla rápidamente, los dolores del parto avisaban de la proximidad del mismo. Retirada a su Cámara, en poco tiempo y con toda felicidad, sin que aparecieran aquellos desagradables percances que en semejantes ocasiones le solían ocurrir, dio a luz a su hijo Carlos José, que heredaría la corona con el nombre de Carlos II.

Nadie dudaba de que el feliz parto de la reina era debido a la intercesión del santo, hasta tal punto, que el propio Carlos II lo reconocería más tarde diciendo “que era hijo de San Diego” y así lo demostró a lo largo de su vida con numerosas manifestaciones de piedad, que superaron en algunos casos la de sus progenitores. Este dichoso acontecimiento enjugó muchas de las lágrimas que había ocasionado la muerte del otro Príncipe. El día 18 de noviembre de 1661 viernes, el cuerpo de San Diego retornó a la Capilla del convento a Alcalá.

3.1.5. Carlos II

Algunas de las numerosas crisis sufridas por el Rey Carlos II¹¹, pudo ser vencida por la fe de los miembros de la Casa Real en sus dotes taumatúrgicas.

¹¹ Carlos II (1661-1700), Rey de España. Hijo de Felipe IV y de Mariana de Austria. Fruto de un parto difícil, padecía desde su infancia de una naturaleza delicada. Siendo su madre regente del reino gobernaron los validos. Casado en primeras nupcias con María Luisa de Orleans y en segundas con Mariana de Neoburgo, no tuvo descendencia, lo que provocó un terrible conflicto sucesorio. Al final de su vida se acrecentó la locura del monarca.

En otra ocasión, con motivo de la recuperación de una gravísima enfermedad por intercesión de San Diego, el rey Carlos II, en agradecimiento, ofreció una hermosísima reliquia con el cuerpo del mártir San Liberato¹² que había recibido del Papa Inocencio XII, para que fuera colocada en el mismísimo camarín del santo.

3.1.6. Infanta María Teresa

La tradicional solicitud de favores a San Diego no terminó con el reinado de los Austrias. La nueva dinastía de los Borbones con el rey Felipe V continuó con la tradicional devoción de los reyes de España al humilde lego. Este fervor religioso se incrementó especialmente con la curación de Su Alteza Real la infanta María Teresa.¹³

Conocemos esta historia gracias a Fray Marcos de Alcalá¹⁴, autor de un opúsculo bajo el largo, descriptivo y pomposo título de: *Oración real panegírica, en el magestuoso aparato, real obsequio, función solemne, y en la mas señalada acción de gracias, que al rey de los reyes, y señor de los señores, tributaron nuestros católicos monarcas, con asistencia de su real capilla, en la de San Diego de la ciudad de Alcala, por la recuperada salud de nuestra Serenissima Infanta Doña María Teresa de Borbòn, debida al contacto de la Mano del Portentoso San Diego.*

Fray Marcos dirige un sermón a los reyes de España Felipe V e Isabel de Farnesio, con motivo del solemne acto celebrado en la Capilla de San Diego de Alcalá en 1739 ante la tumba del santo, para dar gracias a Dios por recuperación de la salud de la Infanta María Teresa conseguida gracias a la mano de San Diego.

A lo largo de la predicación, Fray Marcos compara al arcángel San Rafael con San Diego considerándolos muy parecidos. Para ello se basa

¹² San Liberato mártir, fue víctima del rey de los vándalos el arriano Hunnerico. Fue llevado preso a Cartago junto con otros compañeros. A pesar de las amenazas no quisieron abjurar de su fe, por lo que fueron sometidos a crueles tormentos, clavados a los maderos con los que iban a ser quemados y golpeados con remos hasta que sus cabezas quedaron deshechas († 484).

¹³ La infanta María Teresa Rafaela de Borbón nació en Madrid en 1726. Hija de Felipe V de España y de Isabel de Farnesio. Casó en 1745 con Luis el Delfín de Francia. Dio a luz en 1746 a una niña llamada María Teresa, lo que le costó la vida ya que falleció en Versalles ese mismo año como consecuencia del parto.

¹⁴ Algunas de las actividades de Fray Marcos de Alcalá vienen incluidas en la portada de la obra mencionada, donde se define como Lector de Teología, Misionero Apostólico, Predicador de su Majestad, Calificador del Consejo de la Suprema y General Inquisición, y de sus Juntas secretas, Revisor General de Librerías, Definidor y Cronista de la Provincia de San José de Religiosos Descalzos franciscanos.

en la recuperación de la salud de Sara coincidiendo con la llegada de San Rafael y lo valora un hecho muy parecido al de la curación de la Infanta por intervención de la milagrosa de la mano de San Diego.

BIBLIOGRAFÍA

- Azaña, Esteban (1885): *Historia de Alcalá de Henares*, Vol. I, Madrid, Talleres de tipografía de E. Alegre.
- Cetina OFM, fray Melchor de (1609): *Discursos sobre la vida y milagros del glorioso padre San Diego de la orden del seráfico padre S. Francisco*, Madrid, Imp. de Luis Sánchez.
- González de Torres OFM, Fray Eusebio (1725): *Chonica seráfica*, Sexta parte, Madrid, Imp. Viuda de Juan García.
- Hebrera OFM, José Antonio de (1705): *Crónica real seráfica del reino y la santa provincia de Aragón de la Regular Observancia...*Zaragoza, Imp. Diego Larumbe.
- Hernández Parrales, Antonio (1964): *Breve compendio de la vida de fray Diego de San Nicolás del Puerto vulgarmente conocido por San Diego de Alcalá*, Sevilla, Imprenta Provincial.
- León Marchante, Manuel de (1722): *Obras poéticas pósthumas*, Tomo I, Madrid, Gabriel del Barrio.
- León Marchante, Manuel de (1733): *Obras poéticas pósthumas*, Tomo II, Madrid, Gabriel del Barrio.
- Lisboa OFM, Fray Marcos de (1570): *Tercera parte de las chronicas de la Orden de los frayles menores del seraphico padre San Francisco*, Salamanca, en casa de Alexandro Canova.
- Mesa, Luis de (1678): *Vida, favores, y mercedes, que Nuestro Señor hizo a la Venerable hermana Mariana de Jesús de la Tercera Orden de San Francisco*, Madrid, Imp. Juan García Infanzón.
- Moreno de la Rea, Pedro (1588): *La vida del glorioso santo fray Diego de la Orden del Seráfico padre San Francisco...*Sevilla.
- Rivadeneira S.J., Pedro de (1790): *Flos sanctorum de la vidas de los santos*, Vol. III, Barcelona, Imp. Sierra, Oliver y Martí.
- Rojó OFM, fray Antonio (1663): *Historia de San Diego de Alcalá, fundación y frutos de santidad...* Madrid, Imprenta Real.



Figura 1. San Diego dando de comer a los pobres

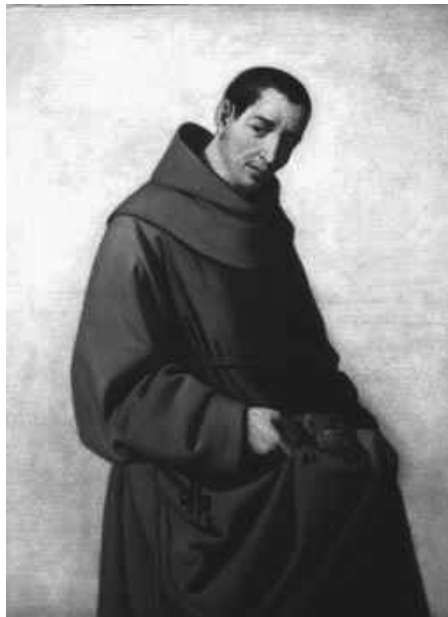


Figura 2. San Diego de



Figura 3. Capilla de San Diego



Figura 4. Cuerpo incorrupto